

cencio XI, expedido á 13 de mayo, que quiso que todos los fieles gozasen el consuelo de tener en el discurso del año un día destinado á la invocacion de este gran penitente, de este ejemplo de prelados y norma de corazones caritativos.

MARTIROLOGIO ROMANO.

En Roma, la Dedicacion de la iglesia de Santa Maria de los Mártires, hecha por el bienaventurado papa Bonifacio IV, quien, despues de haber purificado este antiguo templo dedicado á todos los dioses con el nombre de Panteon, lo consagró en honor de la bienaventurada siempre Virgen Maria y de todos los mártires, en tiempo del emperador Focas.

En Constantinopla, san Mucio, presbítero y mártir, que, despues de haber padecido mucho por defender el nombre de Jesucristo en la ciudad de Anópolis, bajo el procónsul Laodicio y el emperador Diocleciano, llevado de allí á Bizancio, fué decapitado.

En Heraclea, santa Glicería, nacida en Roma, martirizada en tiempo del emperador Antonino y del presidente Sabino.

En Alejandria, la conmemoracion de muchos santos mártires, que fueron muertos por los Arrianos en la iglesia de san Teonas en odio de la fe católica.

En Maestric, san Servasio, obispo de la iglesia de Tongres, cuyo mérito manifestó Dios, porque cuando toda aquella comarca estaba cubierta de nieve en el invierno, jamás llegó á cuajarse encima de su sepulcro, hasta que los habitantes edificaron sobre él un templo.

En Palestina, san Juan el Silencioso.

En Valladolid, san Pedro Regalado confesor, del orden de Hermanos Menores, restaurador de la disciplina regular en los conventos de España, al cual canonizó el papa Benedicto XIV.

La misa es en honor del santo, y la oracion la siguiente.

Deus, qui dilectum famulum tuum Petrum, carne mortificatum, ad delicias gloriae assumere dignatus es: concede propitius, ut ad delectationes, quae in dextera tua sunt usque in finem, meritis ejus et intercessione pervenire valeamus. Per Dominum nostrum Jesum Christum...

O Dios, que te dignaste llevar á gozar de las delicias de tu gloria á tu amado siervo Pedro, despues de las mortificaciones que en su cuerpo habia sufrido: concédenos, misericordioso Señor, que por sus méritos é intercesion podamos llegar á las eternas delicias que nos teneis preparadas para siempre á vuestra diestra. Por nuestro Señor Jesucristo...

La epistola es del cap. 31 de la Sabiduria, y la misma del dia XII, pág. 304.

REFLEXIONES.

Bienaventurado el varon, dice el Espiritu Santo, que fué encontrado sin mancha. ;Qué diverso lenguaje el que usa Dios del que usa el mundo, cuando se trata de definir la verdadera felicidad de los hombres! Dios llama dicha á todo aquello que por lo comun es mirado del mundo con tedio, con temor, con aborrecimiento. El padecer persecuciones, el estar consumido y abismado por la pobreza, el alimentarse con el pan de la tribulacion y de las lágrimas, en una palabra, el ser objeto de la contradiccion del mundo y de su desprecio, es felicidad y bienaventuranza segun el espiritu de Dios. Así clama de continuo en las sagradas Escrituras: Bienaventurados los pobres, bienaventurados los que lloran, bienaventurados los que son perseguidos, y bienaventurados los que fueron hallados sin mancha. Por el contrario, el mundo no encuentra felicidad sino en las riquezas, en los deleites, en los pasatiempos, y en un tenor de vida libre de toda mortificacion y

miseria. Llama felices á los príncipes poderosos, á los astutos ministros, á los grandes orgullosos, á las mujeres mundanas, y á todos aquellos que sirven sin reserva á la ambición, á la avaricia, ó á la torpeza. Bienaventurados, dice, los ricos que con un metal encantador se proporcionan la satisfacción de todos sus deseos; bienaventurados los que rien en el festín, en el pasatiempo, celebrando con burlas y chocarrerías el contratiempo de su enemigo, el infortunio sobrevenido á su rival, y las miserias de todos; bienaventurados, en fin, aquellos que jamás vieron el ceñudo rostro á la tribulación, ni corrieron sus lágrimas por otro motivo que por un exceso de alegría; siempre contentos, siempre abastecidos, siempre servidos y celebrados de todos.

Pero ¿quién tendrá razón, quién calificará las cosas segun son en sí mismas, sin trocar las ideas ni hacer una confusa mezcla de la mentira y la verdad? ¿Quién será el que nos dé una instrucción sólida sobre nuestra verdadera felicidad, Dios, ó el mundo? Si fueran nuestras pasiones las que hubiesen de dar respuesta á estas preguntas, desde luego se declararían en favor de este último. Pero si se consulta la razón y la experiencia, se hallará que Dios, que es verdad por esencia, y que nos amó hasta el punto de dar á su Hijo unigénito por nuestra redención, es el único que nos dice la verdad, y el que nos señala el camino verdadero para conseguir la bienaventuranza. *Si por casualidad, dice san Agustín (1), tenéis riquezas, honores, ó dignidades, no penseis que sois por esto felices. Para el que sabe alegrarse en el Señor, y entiende cuál es el fin y paradero de las cosas de este mundo, su felicidad no es honor, sino peso.*

El evangelio es del cap. 12 de san Lucas, y el mismo que el día xii, pág. 307.

(1) Serm. 301.

MEDITACION.

SOBRE LAS DIVERSIONES Y COMPLACENCIAS DE ESTA VIDA.

PUNTO PRIMERO.

Considera que, segun el dictámen del angélico doctor santo Tomás, las diversiones y alegrías de este mundo son para el cristiano lo mismo que para un enfermo las medicinas.

Tres condiciones debe tener una medicina para conseguirse el efecto deseado: debe no ser nociva, no ser peligrosa, ni demasadamente continua; pues de la misma manera ha de ser la diversion. En primer lugar debe carecer de todo pecado; porque si no se puede lograr sin cometer ofensas contra Dios, ya es contraria al fin para que se elige, que es la moderada recreacion del ánimo. Considera, pues, ¿cómo podrán ser licitas aquellas conversaciones en que se desenfrena la libertad para murmurar de tu prójimo, ridiculizar sus acciones y censurar su conducta? ¿Cómo puedes dar el nombre de diversion á la lectura de ciertos libros impíos ó escandalosos, que debilitan la fe, minoran el respeto y reverencia que se debe á las cosas sagradas y divinas, y llenan el corazón de una obscena ponzoña, que envenena la honestidad y las costumbres? ¿Cómo te será lícito divertírte en aquella tertulia, á que concurren personas profanas, que con su aspecto y conversaciones libres te contaminan, te escandalizan, y dan con tu inocencia en un precipicio? Semejantes diversiones son realmente una sentina de culpas, y por tanto ilícitas al cristiano.

En segundo lugar deben no ser peligrosas; porque escrito está que el que voluntariamente se pone en el

peligro, perecerá en él. Jamás llegan los hombres á la demencia de poner en peligro la vida por adquirir alguna mayor robustez en el cuerpo; ni habrá enfermo tan inconsiderado que tome un vaso de medicina sabiendo que tomándola puede correr su vida gran peligro, mayormente si sabe que no hay necesidad alguna de tomar precisamente aquella medicina, sino que hay otras varias inocentes con las cuales no peligrá su salud. Así obran los hombres respecto de la vida temporal: ¿y seremos tan necios, que sigamos diversa conducta cuando se trata de la vida eterna? Por una diversion momentanea y pasajera, ¿será justo que se ponga esta en peligro? ¿No es una necedad criminal, habiendo tantas diversiones inocentes con que recrear el ánimo de las fatigas que te causan las indispensables obligaciones de tu estado, elegir precisamente aquellas en que pones tu vida eterna en peligro? Examina tu conciencia; repasa tu vida; pregunta á tu misma experiencia, ¿qué fruto sacaste de tales y tales diversiones? Acuérdate si despues de ellas tuviste que llorar á los piés del confesor la pérdida de la divina gracia, y recuperar con ayunos y arrepentimientos lo que en pocos minutos te robó una risa pasajera, y una diversion desarreglada y peligrosa. En una palabra, siempre que expongas á algun detrimento tu alma, siempre que en la diversion haya algun secreto veneno que vaya poco á poco resfriando tu devocion, llevándose el tiempo destinado á piadosos ejercicios, retrayéndote de la continuacion de los actos virtuosos en que te habias ejercitado, ó seduciendo de otra cualquier manera tu corazon para que caiga en la deshonestidad, en la avaricia, en la impiedad, en la indevocion, ú otro lazo de Satanás, la tal diversion es peligrosa, y de consiguiente debes huir.

Mas supongamos que es tal, que ni tiene en sí

culpa, ni en ella ha encontrado tu conciencia peligro. Todavía te resta otro inconveniente que evitar, y es el de la inmoderada continuacion. Un poco de diversion, decia Aristóteles, basta para reparar la vida, así como un poco de sal es suficiente para condimentar los alimentos; y otro gentil, Ciceron, decia que se ha de usar de los juegos y recreaciones como del sueño con parsimonia. Los remedios dejan de serlo, y aun llegan á ser venenos verdaderos, cuando se toman en una cantidad excesiva. De la misma manera las diversiones dirigidas á la recreacion del ánimo, dejan de ser útiles cuando se frecuentan demasiado, ó en ellas se consume una considerable y preciosa parte de tiempo. Siendo esto así, ¿qué juicio podremos hacer de aquellos hombres disipados, que parece no han nacido para otra cosa que para emplearse en diversiones continuas? ¿Cómo podrán tener sus conciencias tranquilas aquellas mujeres, que, aunque no dan entrada á los excesos contrarios á la honestidad, desean y procuran que se sucedan sin interrupcion las diversiones y pasatiempos? ¿Es posible que un cristiano no ha de encontrar gusto y alegría sino en disipar lastimosamente las horas destinadas á merecer la eterna bienaventuranza! ¿cuán digno es de compasion!

PUNTO SEGUNDO.

Considera los daños que nacen de las diversiones mas comunes que se estilan en la sociedad, cuales son el juego, los festines y el baile.

Ellos son, á la verdad, tantos en número y de tanta trascendencia, que solamente la falta de consideracion puede hacer que los hombres se entreguen á semejantes diversiones. Porque, ¿qué vicio falta donde llega á encenderse la pasion al juego? Poco á

poco entra dominando la avaricia : esta se apodera del corazon , y ahuyenta de él la amistad , la honestidad , la decencia , el cuidado solícito de las obligaciones : ¿ qué mas ? hace que el jugador traspase todas las leyes del amor que prescribe la naturaleza , y los derechos supremos debidos á la divinidad . Aunque al principio te sientes á la mesa de juego con indiferencia , con desinterés y con intencion determinada de no hacer mas que recrear el ánimo , dentro de poco advertirás que se va encendiendo el fuego de la avaricia , y que consume aquellos racionales propósitos .

A esto se añade , que entre los jugadores nunca deja de haber rabia y desesperacion , y de consiguiente todos los desórdenes que á esto se siguen . Las palabras obscenas suelen pasar con el nombre de chistes y gracias ; las blasfemias y maldiciones se tienen por desahogos tolerables en aquel que pierde ; la buena fe padece sus heridas cuando se declara la suerte en favor de la avaricia ; el temor , la esperanza y mil afectos contrarios despedazan el corazon y envuelven el alma en un abismo de confusion y de delitos . Si pierdes , disipas los bienes que te concedió el cielo para la manutencion de tu familia ; reduces tal vez á tu inocente mujer y á tus tiernos hijos á una estrechez y miseria vergonzosa ; descuidas entre tanto su educacion y la de tus criados ; te pones en peligro de cometer mil ruindades y bastardias , y te quedas con el eterno pesar de haber aventurado á un ciego golpe de fortuna lo que ganaste con tantos cuidados , sudores y fatigas . Si ganas , eres ocasion de producir en otra familia estos mismos males : luego de cualquier manera , el juego en que aventures sumas considerables , no solamente es peligroso , sino que es ilícito , es injusto , es execrable .

Igual juicio se puede hacer , sin peligro de en-

gañarse mucho , de aquellas diversiones conocidas con el nombre de festines . ¡ Dios inmortal , cuántos desórdenes , cuántos excesos , cuántas abominaciones y delitos en lo que se reputa por una diversion ! ¿ Acaso pretenderás engañarte diciendo que tú no vas allí por ningun fin torcido , y que la caridad te enseña que debes juzgar lo mismo de tu prójimo ? Pero esto no es otra cosa que una ilusion especiosa con que se procuran cohonestar los excesos de las pasiones . Atiende sino á las obras de cada uno , y juzga despues de los fines que pudieron proponerse antes de ejecutarlas . ¿ No procura toda mujer presentarse con los adornos que mas hagan resaltar su natural hermosura ? ¿ No se emplean con profusion caudales , tiempo , artificios , y cuanto tiene la naturaleza de precioso para lograr este efecto ? Los hombres , por su parte , ¿ no se previenen solícitos de todos los atractivos que conocen pueden hacer impresion en los corazones débiles ? ¿ Cada persona no es un objeto de escándalo , que se tiene por inútil cuando no ha logrado enredar en sus lazos alguna de las almas que tuvieron la desgracia de asistir á tan inicua asamblea ? ¿ No se ve palpablemente andar por toda la sala del festin la palabra obscena , la vista provocativa , la accion torpe , el movimiento lúbrico , la risa descompuesta , la chanza licenciosa , la sollicitacion , la murmuracion , la deshonestidad y todos los monstruos del abismo ? No se puede negar esto , ni que el festin es el medio mas oportuno de que se vale el comun enemigo , para dar en tierra con aquella virtud que no pudo derribar de otro modo . En esta materia sabe que obran de concierto con él todos los cristianos ; unos ensanchando el Evangelio para hacer que permita un género de divertimientos , en que peligran las almas ; otros persuadiéndose neciamente que los consejos de los padres espirituales , y las amenazas de los ministros de

Dios, nacen mas de la severidad de su genio, que de los preceptos de la moral; otros excitando, otros solicitando, otros consintiendo que la matrona honrada y la inexperta doncella vayan á poner su inocencia en un manifiesto peligro; y todos, finalmente, contemporizando con los designios de aquel infernal dragon que, segun la expresion de san Pedro, anda continuamente al rededor de nosotros con deseos de devorarnos. En vista de estos daños tan atroces, ¿podrá un cristiano aventurar en tales diversiones una alma cuya redencion costó á Jesucristo verter toda su sangre, y morir en una cruz?

JACULATORIAS.

Lætabor et exultabo in te, psallam nomini tuo, Altissime. Salm. 9.

¡O altísimo y amabilísimo Dios mio! mis complacencias y regocijos serán siempre en tí, y en ensalzar tu santo nombre.

Non sedi in concilio ludentium, quoniam comminatione replesti me. Jerem. 15.

Movido, Señor, de tus justas amenazas, ni me senté, ni me sentaré jamás á la mesa de los que consumen en juegos ilícitos el tiempo destinado por vos á labrar la corona de la bienaventuranza.

PROPOSITOS.

Las honestas y moderadas recreaciones no están prohibidas ni por el Evangelio, ni por ninguna otra ley divina ni humana. No hay teólogo tan severo, que no admita la virtud llamada en la filosofia moral *eutrapelia*, la cual conserva un medio entre la vida demasiado triste y austera, y aquella que no es otra cosa que una continua sucesion de diversiones y alegrías; de manera que el oficio de esta virtud es

arreglar los divertimientos y recreaciones, segun las reglas de la honestidad, y los dictámenes de la razon. Dios nuestro Señor, que conoce perfectamente nuestra flaqueza, como que es una de las penas que impuso á la primera transgresion, sabe que no somos capaces de estar siempre en un trabajo no interrumpido. Su misericordia se apiadó de nuestra miseria, concediéndonos algun tiempo para emplearlo en descansar de nuestras fatigas, reparar las fuerzas perdidas, y cobrar nuevo vigor para los ejercicios futuros. De aquí nace la consecuencia de que las honestas recreaciones nos son licitas por la ley de la necesidad, que es la suprema entre todas las leyes.

Pero de esto mismo se deduce tambien, que el hombre afeminado, el ocioso, el que sigue continuamente los usos y costumbres del mundo, ya estando siempre en una vergonzosa inaccion, ya empleando su vida en juegos, festines y espectáculos, no puede licitamente consumir tiempo alguno en divertirse; y de consiguiente, cada diversion para este, aunque ella por sí sea inocente, es pecaminosa. La razon es manifiesta; pues siendo las diversiones, segun santo Tomás, una especie de medicina concedida únicamente para reparar las fuerzas perdidas con el trabajo, es claro que no puede ni debe tomarla el que de ninguna manera puede reputarse por enfermo de esta clase, puesto que siempre está ocioso. Y así, aun el uso de las diversiones licitas le es nocivo é ilícito, por causa de que su intencion está continuamente dañada. Se infiere igualmente, que las diversiones peligrosas, aunque puedan reparar las fuerzas realmente perdidas en el trabajo, no son licitas, porque ponen en peligro la salud del alma, que debe preferirse á la misma vida. Ultimamente se infiere que toda diversion que es contraria á su fin, ó por su naturaleza, ó por sus circunstancias. esto es,

porque está prohibida por las leyes, como los juegos de envite, ú otros semejantes, ó porque por el exceso de la cantidad que se aventura, por la pérdida del tiempo, por el descuido de las obligaciones, por los peligros ó escándalos, llega á ser frecuentemente nociva á la conciencia, no es de ninguna manera licita.

Padres y madres de familias, que no contentos con la ruina que causais en vosotros mismos, y con descuidar la buena educacion de vuestros hijos y criados, exponéis la inocencia y suerte de unas jóvenes inexpertas, conduciéndolas á los festines para que sean el cebo de las insolentes miradas, y para que por su parte sientan en el tierno pecho todo el fuego de la vanidad y de la concupiscencia, mirad lo que haceis; y ya que no tengais piedad de vuestras almas, tenedla á lo menos de aquellas inocentes, que perecen las mas veces, no tanto por exceso de malicia, como por defecto de instruccion y experiencia. Todos los hijos se persuaden que caminan seguros siguiendo los consejos y ejemplos de sus padres: por tanto, estos serán responsables de sus vicios y deslices; las madres de familias habrán de dar cuenta á Dios, no solo de los escándalos que ocasionaron con la vanidad propia, sino de los que causan sus hijas, de quienes son directoras y maestras.

DIA CATORCE.

SAN BONIFACIO, MÁRTIR.

Hacia el principio del cuarto siglo, bajo el imperio de Galerio Máximo, se admiró en la Iglesia una de aquellas extraordinarias conversiones que obra algunas veces la mano poderosa del Señor para animar

la confianza de los pecadores, y para descubrir al mismo tiempo á los hombres los tesoros de sus misericordias.

Habia en Roma una dama joven, noble, rica y poderosa, llamada Aglae, hija de Acacio que habia sido procónsul, de familia senatoria, la cual estaba tan entregada al fausto y á la vanidad, que solia dar al pueblo juegos públicos, cuyos gastos costeaba ella misma. Era á la verdad cristiana, pero desacreditaba el nombre y la profesion con su desarreglada vida. Ocupada toda del espíritu del mundo, se entregaba totalmente á las diversiones, hasta tocar la raya de la disolucion, con grande escándalo de todos los fieles.

Tenia comercio ilícito con su mismo mayordomo, joven de bella disposicion, pero dado al vino y á todos los demás desórdenes. Llamábase Bonifacio, y aunque era tambien cristiano, lo era solo de nombre, deshonorando la profesion, igualmente que su ama, per la disolucion de sus costumbres. En medio de estos defectos, se notaban en él tres buenas prendas: compasion de los miserables, caridad con los pobres, y hospitalidad con los extranjeros.

Hacia mucho tiempo que traia una vida muy desordenada, cuando el Dios de las misericordias mudó su corazon con la conversion de la misma que le habia pervertido. Movida Aglae de una poderosa gracia interior, abrió los ojos para conocer sus desórdenes, y espantada con la vista del número y de la gravedad de sus pecados, despedazado el corazon de dolor, resolvió aplacar la ira de Dios con sus limosnas y con una pronta penitencia.

A la conversion de Aglae se siguió inme diatamente la de Bonifacio, y ambos repararon con ventaja el escándalo que habian dado á los fieles, con la mudanza de su vida y con sus grandes ejemplos. Comenzó Aglae haciendo á Dios un generoso sacrificio